

Elogio de las virtudes minúsculas

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Good-Enough. Excellence in a Minor Key*

En cubierta: ilustración © rawpixel

© Flammarion, 2023

© De la traducción, Lorenzo Luengo

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10183-50-6

Depósito legal: M-13.523-2024

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Marina van Zuylen

ELOGIO DE LAS VIRTUDES
MINÚSCULAS

o la excelencia en clave menor

Traducción del inglés
de Lorenzo Luengo

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 149 (Serie Mayor)

Índice

Prólogo	13
1 Los celos que despierta lo suficiente	23
2 La maldición de Schopenhauer: los años en que nada era suficiente	39
3 La ansiedad social y el arte de la humillación	51
4 Perspectivas desde el aula: los estudiantes y lo suficiente	75
5 La tiranía del mérito	99
6 Arte y artesano. ¿Una misma batalla?	121
7 El esnobismo y lo que nunca es suficiente	131
8 Cómo desarrollar una imaginación empática	141
9 La decencia ordinaria: Orwell, Spinoza y el abandono de la perfección	163

10	Cómo reconsiderar la ambición según George Eliot	177
11	Proust, Chéjov, Naipaul: los peligros del encasillamiento	201
12	La excelencia invisible	225
	Observaciones finales	235

Para Chacha, Cordelia, Vanesa
Para Simon, Sara, Jessica, Max, Benji

«La vida de Cesar tiene tan poco que mostrarnos como la nuestra: sea uno emperador o un hombre corriente, la suya no deja de ser una vida sujeta a los accidentes humanos».

MONTAIGNE, *Ensayos*

«Nadie puede ser demasiado mezquino, demasiado feo».

GEORG BÜCHNER, *Lenz*

«Probablemente fuera mediocre, después de todo, aunque en un muy honorable sentido de la palabra».

THOMAS MANN, *La montaña mágica*

«Quien prefiere el término medio, que vale lo que el oro, se libra, seguro, de las miserias de una casa arruinada; y se libra, sobrio, de un palacio que le valga envidias. El pino grande es el que los vientos más azotan, más dura es la caída de las torres altas, y es en la cima de los montes donde hiere el rayo».

HORACIO, *Odas*, II, 10.

«Mi ego está en caída libre mientras que mi supergo carece de fronteras, no deja de recriminarme que mi existencia no es suficiente, nunca es suficiente, así que me dejo llevar por la compulsión en mis esfuerzos por hacerlo mejor, por *ser* mejor, y seguir ciegamente el evangelio del interés personal que mueve a este país, de manera que pueda demostrar mi valía personal al hacer aumentar mi patrimonio, hasta mi desaparición».

CATHY PARK HONG

«La flaqueza moral nace de la adoración exclusiva de esa tiránica deidad: el éxito. Esa es, junto a la triste interpretación pecuniaria que hacemos de la palabra “éxito”, nuestra enfermedad nacional».

WILLIAM JAMES

«Una madre no es ni buena ni mala...».

DONALD WINNICOTT

Prólogo

Cuando Jacques Lizène, artista belga, murió, su necrológica lo presentó como un atípico practicante del «*insuccés*». Según Lizène, existía otro tipo de arte, el arte de carecer de éxito, que brindaba a los artistas un camino que les permitía escapar de los altibajos de la fama y la fortuna. Su estética de la mediocridad aspiraba, paradójicamente, a reinstaurar la importancia de la «falta de importancia». Yo seguiré sus pasos e iré incluso más allá que Lizène: abriré los brazos a la porosidad entre esferas, y rechazaré la ecuación que se despliega entre sustancia y estatus. Muestro mi adhesión a la vida suficiente porque es una anticategoría, intencionadamente tentativa. Por un lado roza aquello a lo que aspiramos, mientras que por otro evita cualquier inclinación a la arrogancia. Si Lizène afirmaba practicar un arte sin talento, yo defenderé una manera muy distinta de identificar el talento, aislándolo de los signos exteriores del éxito. ¡Qué vocabulario más limitado tenemos en lo que respecta a la buena vida! Hay una línea demasiado delgada entre reconocimiento y olvido, entre elogio y desprecio. No hemos sido educados para interpretar a los seres humanos en función del envés de sus logros materiales. No hace tanto, recibir una mención *assez-bien* en nuestra licenciatura se consideraba una nota

más que respetable. Hoy la entendemos a menudo como un signo de nuestro futuro *insuccès*. Nada podría considerarse un indicio más insignificante del yo que el *résultat du bac*. Y, con todo, *assez-bien* debería ser objeto de muchas interpretaciones.

Ese pequeño guion en *assez-bien* me obliga a mostrar una mayor cautela en mis juicios, lo que me servirá para adentrarme con mayor cuidado en los rincones ocultos de la conciencia humana. Los novelistas y los filósofos que me han servido de guías en este viaje por el mundo de la vida suficiente han extraído sus signos vitales de las manifestaciones más discretas, más que de las voces que se dejan oír y de las expectativas universales. Al retratar los pequeños traumas, el desdén social, las amistades alentadoras, el elogio ocasional, todos ellos me han abierto de par en par las puertas a historias ya olvidadas. Hasta las vidas más admirables cuentan con sus decepciones. Podemos considerarlas un aleccionador recordatorio de que la búsqueda de la perfección es un impedimento para apreciar la belleza de la discordancia. A la vida la nutren los acontecimientos impredecibles y los encuentros azarosos, muchos de los cuales solo resultan destacables al mirarlos en retrospectiva. Me pregunto cómo habría sido mi vida si hubiera adaptado antes mi mirada a los aspectos menos visibles, a lo que aparecía como una clave menor.

Este libro es una atalaya que ilumina las cualidades más discretas: dignidad y decencia sobre todo. Las etiquetas —mediocridad, falta de suficiencia— pueden reducir a una persona a la insignificancia. Y eso incluye las palabras que nos dedicamos también a nosotros mismos, y

que pueden hacer añicos nuestro frágil ego. El desprecio autoinfligido no nace solo del continuado desdén ajeno, sino también del que nosotros mismos ponemos en liza contra nuestro propio yo. Si no somos alguien, entonces no somos nadie. De un modo apenas perceptible, a veces tan sutil que solo nosotros lo conocemos (pero con una certidumbre visceral), la exclusión penetra en el mismo tejido de nuestro sentido del yo, tanto presente como futuro. Las manifestaciones de la vergüenza y el descontento, de la felicidad o el orgullo, precisan del toque de un miniaturista para posibilitar su análisis y su decodificación. El pequeño guion que separa *assez-bien*, esa expresión que para mí expresa en sentido lato la vida suficiente, es ese toque. Nos concede una pausa, nos ayuda a observar sin tener que buscar conclusiones, a veces transformándose en empatía y *bienveillance*, en una inclinación a la indulgencia. Ser admitidos en las mejores escuelas, obtener un primer premio o una licenciatura con honores, son asuntos que monopolizan nuestra atención, y eclipsan todo lo demás. Yo quiero rescatar lo suficiente de su condición recesiva. Mi nuevo amigo, el humilde guion, evitará que nos convirtamos en caricaturas, nos inspirará un tipo muy distinto de sentido de la alerta. Despojados del anclaje que supone el deseo de ser aceptados, nos veremos inmersos en el proceso de la experiencia en sí. Nunca conseguiremos escapar del todo de la necesidad de aprobación o de ese impulso tan humano de estimar y valorar cuanto nos rodea, pero sí podremos condicionar sus dinámicas.

Medio cerebro

Muchas cosas contribuyeron a que deseara escribir sobre lo suficiente, pero fue un inquietante percance médico lo que, fortuitamente, me llevó hasta este opaco pero seductor concepto. Lo que hizo saltar la chispa fue la metedura de pata de un radiólogo. A raíz de unas terribles migrañas, decidí hacerme una resonancia magnética. El neurólogo sostenía los resultados de mi prueba cuando entré en su oficina, y, nervioso, tosió ligeramente antes de darme la sorprendente noticia: me faltaba una parte del cerebro. Debí palidecer, porque, tras preguntarme a qué me dedicaba profesionalmente, adoptó un tono de voz que intentaba parecer reconfortante, y me despachó con unas palabras tan insultantes como inolvidablemente extrañas: «Ah, si es profesora de literatura no tiene que preocuparse demasiado. Si se dedicara a las matemáticas, esto tendría un pronóstico bastante pesimista».

Aquella cita apocalíptica me enseñó algo muy extraño. En vez de angustia y temor, lo que sentí fue alivio. De modo que *esa* era la razón por la que siempre había sido tan consciente de mis propias limitaciones... Ahora podía racionalizar el motivo por el que había sido tan mala estudiante en el instituto, por qué había fracasado en matemáticas y física y por qué había obtenido la puntuación más baja posible en las pruebas de razonamiento analítico para ingresar en la universidad. En los días que siguieron a aquella revelación, sentí un profundo apego hacia mi medio cerebro. Me mimaba y me cuidaba, preparándome para anunciar mi condición a familiares y amigos, y

poder justificar así, sin demasiado sentimiento de culpa, una existencia menos decidida.

Lo que parecía seguro a esas alturas era que, poco a poco, me estaba liberando de toda presión extenuante, de esas exigencias que llevan a que en la vida las obligaciones pesen más que la felicidad. Mi superego, repentinamente, había decidido darse un respiro. Para colmo, un especialista en el cerebro me había brindado la posibilidad de aceptar mi ineptitud, y de poder explicarla gracias a un diagnóstico tangible. Básicamente, yo no era otra cosa que una mujer con medio cerebro que había logrado superar heroicamente su minusvalía. Y, sin duda, todo cuanto había conseguido hasta entonces había sido suficiente.

Soñaba con los ojos abiertos acerca de cómo mi diagnóstico me libraría mágicamente de la presión de las fechas de entrega, de los manuscritos que pugnaban por nacer. Hasta me daba palmaditas en la espalda yo sola, diciéndome que ninguno de mis fracasos tenía que ver con la falta de voluntad. Pensaba una y otra vez de qué manera anunciaría a mis colegas que había nacido solamente con medio cerebro. ¿Eso me haría mejor a sus ojos o me destruiría? ¿Me observarían con expresión lastimera y mi trabajo se vería reevaluado desde el sobrecogimiento y el espanto? A menudo he soñado con escapar del ultracompetitivo mundo académico. Ahora al menos podía liberarme del juicio de mis pares; podía salvarme de esa recalcitrante necesidad de reconocimiento. Aquello pondría fin al juego del escondite que mi humildad y mi ambición se traían entre manos.

La alegría me duró poco. Cuando acudí a mi médico de cabecera y le mostré los resultados de los rayos X, no tardó en reparar en lo borrosos que eran. No era mi cerebro lo que faltaba, río entre dientes, sino parte de la imagen. Ordenó una nueva prueba y esta demostró que mi cerebro estaba perfectamente intacto. Mi médico se burló de mi credulidad y señaló que aquello no era una reposición de *El mago de Oz*, que no tendría que recorrer el camino de las amarillas en busca de un nuevo cerebro. Le dije que el diagnóstico no me había supuesto ninguna sorpresa. «¿Qué quieres decir con eso de que siempre sospechaste que tenías medio cerebro? No busques cumplidos...», dijo, tomándose el pelo. No creía ni una palabra de lo que le decía. ¿Cómo iba a imaginar, ni él ni desde luego nadie que me conociese un poco, lo mucho que aquello encajaba en la narrativa de mi existencia? Ninguna otra cosa podía explicar mejor lo que siempre había sospechado. Yo no le había contado a mi médico que, cuando tenía seis años, mis padres habían hablado con un «especialista» para que evaluase mis diferentes «déficits». Con suma pedantería, tras hacerme una serie de preguntas incomprensibles, un tipo bastante estirado escribió un relato poco menos que apocalíptico. Lo encontré mucho tiempo después, escondido en el archivador de mi madre, pero la primera línea decía ya todo lo que necesitaba saber: *petit budget nerveux*. Esa forma diminutiva de definirme indicaba a las claras que yo no tenía demasiado en la mollera: un presupuesto intelectual bastante reducido con el que trabajar. Después de aquello, fracasé en sexto curso, me expulsaron de varios

colegios y me sentí absolutamente fuera de lugar en un sistema educativo que daba por perdida a la gente como yo. Pero, volviendo a mi amable doctor, un hombre en las antípodas del tortuoso psicólogo de mi infancia, lo cierto es que no podía ignorar que, para mí, todos los diplomas universitarios que había obtenido seguían siendo como cortinas de humo, y que el episodio de mi medio cerebro, en vez de ser algo que me tomaba a risa, suponía algo similar a un indulto.

He recordado una anécdota sobre Alice James, al volver a pensar en mi decepción. Para ella fue muy difícil crecer a la sombra de dos hermanos famosos —William y Henry—, pero que la considerasen la hipocondríaca de la familia y se burlasen de ella por tener una imaginación demasiado calenturienta ya era demasiado. Así que, cuando le diagnosticaron un cáncer, los males de los que había estado quejándose toda la vida, y que todo el mundo había ignorado, se vieron instantáneamente legitimados. El veredicto de su médico bastó para sincronizar su cuerpo y su mente. De igual modo, mi supuesto diagnóstico suponía para mí una liberación, al menos en parte. Siempre me había sentido mediocre (y eso en el mejor de los casos), tanto en el colegio como en el instituto. Y en Francia, país en el que crecí, los profesores seguían llamando «burros» a los malos estudiantes. Varias veces me pusieron el famoso *bonnet d'âne*, y me pasearon por toda la escuela con las orejas de burro. Es imposible que el ego se recupere por completo de cosas así. Aquel gorro ridiculizador seguramente seguía dándome vueltas por la cabeza cuando tuvo lugar el episodio de los rayos X.

De manera similar, cuando hablo a mis amigos acerca de este libro, y sobre el incidente de mi medio cerebro, muchos se burlan cariñosamente de mí: ¿no es un poco hipócrita, me dicen, hablar de la vida suficiente cuando todos los indicios apuntan a que la disfruto como nadie, allá en lo alto de mi torre de marfil? Sus críticas tienen todo el sentido, pero no hay una sola historia que no tenga más de una cara.

Lo cierto es que me tomo a la ligera una aventura que también tiene su lado oscuro. ¿Por qué necesitaba yo un permiso para *no* alcanzar la excelencia? ¿Qué era lo que hacía que me diese tanto miedo no estar a la altura, que me viese obligada a aferrarme a la narrativa de mi medio cerebro? ¿Acaso la puritana que hay en mí se sentía coaccionada por las presiones de esa supuesta excelencia? ¿Y qué hubiera pasado si, de igual modo, aquel doctor hubiera localizado una mágica luz parpadeante en mi cerebro que indicara la existencia de una inconfundible genialidad, la prueba de que, de ponerme a ello con ganas, me convertiría en una estrella? ¿Esa revelación habría despachado de un plumazo mi supuesto apego por la vida suficiente? ¿Y si mi atracción por los personajes de fondo, las tramas secundarias y mi aversión a los grandes egos y las personalidades arrogantes no era más que una fachada, una excusa concebida para alejarme del meollo de la vida, apartarme de la búsqueda del éxito, que constituye nuestra existencia? Si me hubieran sido ofrecidas fama y fortuna, celebridad y reconocimiento, ¿habría apartado de mí la vida suficiente como si de una vulgar mosca se tratase? No se me escapaba que cuando enseñaba *Cándido* a mis alum-

nos, esa célebre defensa de la vida vivida con los pies en la tierra en vez de ir por el mundo con los brazos tendidos a la luna, el mensaje de Voltaire encontraba un público más atento entre los alumnos inseguros que en aquellos que rebosaban confianza. Nada como la humillación abre las puertas para vivir una vida modesta. Los que se han visto bendecidos por el éxito no se muestran tan interesados en la defensa que Voltaire hace de la vida a tamaño reducido, envalentonados como están por querer conquistar el mundo.